

Homilía de Mons. Emilio Aranguren Echeverría, Obispo de Holguín, Cuba

Durante la Misa Crismal, el 24 de marzo de 2023

Querido Mons. Marcos, queridos sacerdotes que concelebran esta Eucaristía, (Ermelio ha enviado un mensaje de cercanía desde el Seminario),... diáconos, religiosos y religiosas, fieles laicos que participan en esta celebración significativamente eclesial como es la Misa Crismal.

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido” fue lo expresado por el profeta Isaías en el Antiguo Testamento y actualizado por Jesús cuando hizo la lectura al entrar en la sinagoga de Nazaret, su pueblo. Cada uno de nosotros, los que estamos bautizados podemos repetir lo mismo; y, aún más, todos los que han recibido la Confirmación. Hoy, de manera especial, lo renovamos quienes, el día de nuestra ordenación presbiteral, presentamos las manos al Obispo y él derramó sobre ellas el Santo Crisma, diciendo: “Jesucristo, el Señor, a quien el Padre ungió con la fuerza del Espíritu Santo, te auxilie para santificar al pueblo cristiano y para ofrecer a Dios el sacrificio”.

Queridos sacerdotes, los invito muy fraternalmente, que antes de renovar las promesas hechas el día de su Ordenación, renueven en la memoria de su corazón el gesto realizado por el Obispo ordenante al ungirle las manos. Miren sus manos, las mismas que fueron ungidas, hace años o más recientemente, y recen la letra del canto: “Manos benditas de buen pastor, manos que parten su pan con todos con el amigo, con el traidor. Manos que alzan su copa al mundo, ofrecen vino y en él se dan y día a día la historia vuelve trayendo eterna cena pascual”. Recordemos que estamos anticipando la Eucaristía que corresponde al Jueves Santo en la mañana; por eso, que las otras tres estrofas del canto sean motivo de oración a lo largo de estos días santos.

De igual manera, queridos hermanos y hermanas, dentro del momento sinodal en el que se encuentra toda la Iglesia, en esta Misa del Crisma estamos llamados a meditar lo que el sacerdote rezó al ungirnos con el Santo Crisma, inmediatamente después de haber derramado sobre nuestra cabeza el agua bautismal: “Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que te ha liberado del pecado y dado una nueva vida por el agua y el Espíritu Santo, te consagre con este crisma de salvación para que entres a formar parte de su pueblo y seas para siempre miembro de Cristo, sacerdote, profeta y rey-servidor”.

Esta asamblea litúrgica está integrada por hijos e hijas de Dios, miembros de la Iglesia, que hemos sido consagrados por la unción del Espíritu Santo y, por eso, hemos quedado configurados a Cristo. De ahí que “todos” estemos llamados a llevar adelante la misión que Jesús le encomendó a la Iglesia. Misión que, al escuchar la Palabra proclamada, verso por verso, resuena en nuestros oídos y corazones de manera muy especial por la actualidad de su contenido. Prestemos atención:

- *“Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres”,... ¿quiénes son hoy esos pobres?*
- *“Para curar los corazones desgarrados”,... son muchos los que hoy sufren este desgarro por diversas causas que generan el sufrimiento causante de tanto dolor afectivo y moral.*
- *“Proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad”,... es tarea de la Iglesia, forma parte de su misión... no podemos dejar de invitar a que se realicen gestos de clemencia y misericordia, como lo hace repetidamente el Papa Francisco y los Obispos del mundo entero y, también los Obispos de Cuba.*
- *“Para proclamar un año de gracia del Señor”,... Dios no lleva cuenta del delito, sino que perdona y comunica su gracia, aquella que brotó del costado de Jesús al ser traspasado por la lanza del soldado.*
- *Para consolar a los afligidos,... y dejar atrás las cenizas, el duelo y el espíritu abatido*

E Isaías termina diciendo: “(A) ustedes los llamarán: «Sacerdotes del Señor», dirán de ustedes: «Ministros de nuestro Dios»”. Por eso, con mucha humildad debemos repetir lo mismo que dijo Jesús cuando enrolló y devolvió el pergamino: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acaban de oír».

Y hoy, ¿cómo cumplimos con la misión a la que nos capacita y envía la consagración bautismal y sacerdotal que hemos recibido? (Quiero resaltar hoy, es decir, no ayer ni mañana).

Todos los años, en torno a la Navidad, el Papa tiene dos encuentros significativos: uno –días antes del 25 de diciembre– con los más cercanos colaboradores de la Curia Romana a quienes dirige un discurso en el que mira a la Iglesia hacia su interior; y otro, en el año nuevo, después de Reyes, con los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, con quienes comparte su visión de lo que está sucediendo en el mundo.

En ambos mensajes hay dos aspectos comunes. El primero destaca que la valoración que hace el Papa se fundamenta en el Evangelio y en la enseñanza de la Iglesia, ya que la misión de la Iglesia se vive a partir de su identidad propia (la Iglesia no es una ONG, no es un partido político, es una Institución con una identidad propia y, por lo tanto, con una misión específica en el mundo). La otra característica es que el mensaje siempre es propositivo, es decir, el Papa comparte, propone, destaca un posible camino a seguir, a partir de la óptica del Evangelio y de las categorías del Reino de Dios, de ahí que resalte algunas citas de la Doctrina Social de la Iglesia.

Este modo de actuar es muy iluminativo en el mundo de hoy. Pensemos sintéticamente en que la guerra de Rusia y Ucrania (a la que el Papa califica como la “Tercera Guerra Mundial” a pedazos) ya se prolonga más de un año y, a ello, se añade la influencia de las grandes potencias y sus consecuencias en los países pequeños, lo que genera un aumento de la pobreza. Y podemos agregar: los terremotos (Siria, Turquía, Ecuador,...), la inestabilidad latinoamericana generada por los gobiernos (por ejemplo, en Nicaragua), también los movimientos migratorios, etc.

Eso es en el mundo, pero también el “hoy” tiene un “aquí” y un “ahora”. Entre nosotros es la inflación y la abismal desproporción entre los salarios y el costo de la vida (productos y servicios); el declive en ámbitos esenciales, como son la educación, salud, transportación,... así como la significativa emigración con sus lógicas consecuencias: envejecimiento de la población, disminución de la generación fértil, ausencia de un alto por ciento de jóvenes y de profesionales, familias distanciadas,...

Y, de igual manera, la realidad de nuestra Iglesia en Cuba y, de manera particular, en nuestra Diócesis, de cuya realidad todos nosotros somos parte y, a su vez, parte responsable por la conciencia eclesial que tenemos gracias al don de la fe en Jesucristo que hemos acogido y asumido como vocación. De ahí que seamos discípulos misioneros.

Esto es “lo nuestro”, queridos hermanos y hermanas. Esta realidad estamos llamados a vivirla desde nuestro ser cristiano, por el hecho de estar bautizados y ungidos con la fuerza del Espíritu Santo. Para eso contamos con la iluminación de la Palabra de Dios y el auxilio de la gracia que el mismo Dios nos da, a la vez que compartimos la misión en la vida comunitaria en la que estamos integrados, y lo hacemos con sentido de corresponsabilidad y así llevar adelante esta tarea en el entorno social en el que vivimos y en el que estamos llamados a dar testimonio de la alegría del Evangelio, ofrecer a nuestros hermanos la Vida en Cristo y servir al prójimo, con actitudes y gestos, el Amor de Dios.

Por tanto, necesitamos una iluminación y una fortaleza que son especiales; que nos son dadas por el Espíritu Santo; a la vez, que las debemos desear, buscar y acoger, no quedarnos pasivos con los brazos cruzados, sino actuar con compromiso y responsabilidad.

Muchas veces, tanto de manera personal como comunitaria, pensamos cuáles son las causas de lo que estamos viviendo y afrontando en este “hoy” que es calificado como difícil y complejo, pero tenemos que evitar centrarnos angustiosamente en ello, ya que nos limitaríamos a buscar y señalar a los posibles culpables y seguiríamos igual,,, esa no es nuestra misión. Nos corresponde conducirnos por el camino que el Evangelio nos indica. Esto es lo que tenemos que rezar para aunarnos en las posibles soluciones. El Reino de Dios no es una teoría sino que es una vivencia, una realidad que necesita de nuestro aporte generoso y comprometido, con la dosis de cruz y entrega generosa que conlleve, pero con la esperanza firme en la fecundidad de la semilla del Reino.

Para esto, fijémonos en el mensaje de San Pablo en la Segunda Carta a los Corintios que fue proclamada: “El que es de Cristo es una criatura nueva; lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado”. Esta es la vivencia, lo que uno vive y, por eso, el apóstol dice: “Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo y nos encargó el servicio de reconciliar”.

“Nos encargó el servicio de reconciliar”, tremenda y difícil invitación y, a su vez, misión a realizar por parte de la Iglesia. Por eso, en un mundo en el que la violencia, el conflicto, la rivalidad y la mentira parecen prevalecer escondidas detrás de muchos, la presencia de los cristianos opone una fuerza contraria que se convierte en testimonio, y esto hacerlo con una actitud humilde, con gestos de bondad y abiertos al diálogo sincero. Este fue el testimonio del obispo mártir cuya memoria celebramos: San Oscar Arnulfo Romero a quien asesinaron un día como hoy, 24 de marzo de 1980, cuando estaba celebrando la Santa Misa. En la Plegaría Eucarística que vamos a rezar pidiéndole a Dios la concordia humana, diremos: “Acéptanos también a nosotros, Padre santo, juntamente con la ofrenda de tu Hijo, y en la participación de este banquete concédenos tu Espíritu, para que desaparezca todo obstáculo en el camino de la concordia y la Iglesia resplandezca en medio de la humanidad como signo de unidad e instrumento de tu paz”.

Que las lecturas bíblicas que hemos escuchado, la letra y melodía de los cantos, la renovación de las promesas que harán nuestros sacerdotes recordando el día de su Ordenación, la bendición y consagración de los Santos Óleos que se distribuirán a las parroquias y comunidades junto con el cirio pascual, el encontrarnos en comunión para dar gracias a Dios y renovar la vocación discipular y ministerial a la que Dios nos ha llamado, nos sirva a todos para disponernos a celebrar y vivir los Misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo, nuestro Salvador, quien entregó su vida para que nosotros la tuviésemos en abundancia.

Que San Oscar Arnulfo Romero, San Isidoro, San Jerónimo y San Antonio María Claret intercedan por nuestra Iglesia Diocesana, y que la Virgen de la Caridad lo haga por todo nuestro pueblo y, de manera especial, por quienes queremos cumplir en medio de él, la misión que Jesús puso en nuestras manos.

Que así sea.

(El obispo emérito Mons Hector Luis Peña se encontraba en La Habana)